

APROXIMACIONES HISTÓRICAS A UN PASADO MUY RECIENTE

Mónica B. Gordillo*

La última década del siglo XX fue escenario de profundas transformaciones en los diferentes órdenes de la vida social, al punto de ser definida como la etapa de reformas estructurales, de “crisis terminal” de la matriz Estado-céntrica (Cavarozzi, 1997) o de creación de un nuevo régimen de acumulación (Neffa, 1998). Esos cambios fueron objeto de abundante producción académica, especialmente por parte de economistas, sociólogos y politólogos, cuya especificación excede los límites de esta presentación. En efecto, el contenido de las reformas implementadas por el gobierno nacional, sus etapas, así como las respuestas de los principales actores corporativos, fueron fundamentalmente analizados en lo que se refiere a sus procesos generales. De igual modo existen trabajos que indagaron el funcionamiento del sistema político, el estilo de gestión y el tipo de Estado configurados durante la última década a nivel nacional, y algunos pocos trabajos pioneros que avanzaron con este análisis sobre escenarios provinciales (Novaro, 1994). Recientemente han comenzado a tomarse como objeto de estudio contextos regionales que se convirtieron en núcleos conflictivos (Auyero, 2002; Farinetti, 1999; Giarraca, 2001; Svampa y Pereyra, 2003) y a observarse las particularidades y diferencias en la implementación de las reformas que remiten, en parte, a condicionamientos y culturas locales. Es decir, en gran parte de los trabajos sobre el período aparecieron planteos muy generales que tendieron a homogeneizar las respuestas sociales observadas durante la década. Sin embargo trabajos más actuales, sobre todo preocupados por explicar el acontecimiento de diciembre de 2001, llamaron la atención –sin mucho éxito todavía– acerca de la necesidad de encarar estudios históricos sobre la década previa. En efecto, una limitación importante es la escasa atención prestada por los historiadores, reacios por lo general a acercarse a un pasado tan reciente, sin considerar que es justamente la perspectiva histórica la que permitiría comprender la manera particular en que se procesaron los cambios e insertar las especificidades observadas en tradiciones de más larga duración. Este aparece entonces como un primer aporte de los trabajos que se presentan a continuación; el de haber sido realizados por historiadores muy atentos a considerar los condicionamientos de tiempo y lugar (las coyunturas específicas de producción) de los distintos objetos de estudio analizados, distinguiendo los momentos de inflexión dentro de la década

* CIFYH-CONICET

así como también las continuidades más estructurales. Esa línea de trabajo, que intenta comprender las respuestas sociales como construcciones históricas, es la que venimos desarrollando desde hace ya varios años en equipos bajo mi dirección,¹ con el objeto de proyectar luego explicaciones que permitan establecer comparaciones con otros escenarios regionales y elaborar una visión verdaderamente nacional de las transformaciones y de su impacto.

Los avances en nuestras investigaciones nos permitieron comprobar que, en efecto, la implementación de las reformas estructurales no siguió el mismo ritmo en todo el ámbito nacional ni en las distintas esferas de la vida social. Fue así que algunos gobiernos provinciales, en especial aquellos no controlados por el peronismo como los de Córdoba o Neuquén, sostuvieron políticas basadas en los lineamientos de anteriores modelos de Estado benefactor o buscaron aplicar sus propios modelos de reforma (Gordillo, 2003; Favaro, 2000). El tomar entonces un escenario local donde el proceso de reformas fue demorado y luego implementado con lógicas propias de lo tematizado como particularidades de la “isla” cordobesa, aparece así como un segundo aporte de los trabajos reunidos en el dossier. Los artículos de Arriaga, Floresta y Solís se contextualizan entonces en esa dinámica de funcionamiento del sistema político de Córdoba y en los proyectos y políticas del gobierno provincial, que instauraron un marco particular para la mediación y resolución de los conflictos sociales.

Ahora bien, más allá de la importancia de avanzar sobre estos escenarios y de abordarlos históricamente, los trabajos representan un significativo aporte también desde una perspectiva teórica. En efecto, los que aparecieron como nuevos problemas en los ´90 necesitarían también de nuevas herramientas conceptuales para pensarlos. Así como luego de la recuperación democrática los ´80 tuvieron como líneas prioritarias de acción la reinstitucionalización de todos los ámbitos de la vida social, la revalorización de la política ligada al problema de la gobernabilidad y la recuperación de una cultura democrática basada en los mecanismos representativos, los ´90 –en líneas generales– se caracterizarían por la desarticulación de esas bases y por el establecimiento de un consenso alternativo. Efectivamente, las reformas estructurales afectaron con distintos ritmos a casi todas las instituciones y, si bien en el plano formal la democracia no fue cuestio-

¹ En el marco de los siguientes proyectos de investigación “ Cultura política y acción colectiva en los ´90: la provincia de Córdoba en el contexto nacional” (subsidiado por SECYT UNC, 2001-2004); “Cambios estructurales y mundo laboral: reconfiguraciones, acciones colectivas y nuevas formas organizativas, la provincia de Córdoba en el contexto nacional” (subsidiado por SECYT- UNC, 2005-2007) y el que se encuentra en desarrollo titulado “Conflictos y formas de movilización social dentro de un paradigma flexibilizador: identidades, resistencias, protestas, 1997-2003” que a su vez se integra en con otro proyecto con sede en la Universidad Nacional de Mar del Plata, titulado “Veinte años de democracia en Argentina: desafíos, transformaciones, actores, conflictos; una aproximación desde las provincias” (subsidiado por la ANCYT)

nada al menos al comienzo, se fue poco a poco instalando un fuerte discurso anti-estatal y anti-político, acompañado por el paulatino deterioro de los lazos de representación. Sin embargo, mirada más detenidamente, en realidad la primera parte de los '90 aparece como una etapa de transición hacia otras formas de concebir la política y sus escenarios: del consenso e integración al “desacuerdo” (Ranciere, 2007) y conflicto, con importantes efectos sobre los repertorios de acción. Esos cambios, que comenzaron a tener visibilidad en la segunda mitad de los '90, fueron también los que llevaron a incorporar otros elementos para el análisis, siendo muy fructíferas las reflexiones provenientes de las teorías sobre acción colectiva, tanto las que pusieron énfasis en la movilización de recursos, considerando las modificaciones en el plano institucional y político y en los vehículos movilizados, como las que priorizaron la dimensión cultural e identitaria como activadora de la acción. Los cuatro trabajos, con distintos matices, reconocen como sustento teórico esas discusiones y aportes buscando la síntesis de esas dimensiones aunque estos trabajos se concentren más detenidamente en alguna de ellas, particularmente sobre los “marcos culturales” y procesos de “encuadre”. De allí la importancia y pertinencia de los trabajos, dado que en todos ellos está presente la preocupación por las transformaciones que se operaron en la cultura política, considerada a partir de diferentes actores y en torno a otro concepto clave, el de conflicto, que los articula e integra.

La invitación entonces a reflexionar acerca de cómo incide la cultura política en las respuestas sociales y, a su vez, cómo aquella se va transformando a partir de las innovaciones y acción creativa y contingente de los actores, es otra de las líneas que atraviesa los trabajos. El artículo de Aiziczon aparece como una entrada teórica a problemas abordados luego en los otros trabajos, al aportar definiciones surgidas de su propia investigación empírica, preocupado por la necesidad de considerar los efectos que sobre la cultura política produce la permanente recurrencia a la acción colectiva contenciosa, como una práctica de intervención política sedimentada en la experiencia; proponiendo para destacar esta modalidad de ejercicio de la política el concepto de “cultura política de protesta”. Esta aparecería como una de las posibles variantes de la cultura política, partiendo del argumento de pensarla siempre en plural y anclada en actores específicos. Su propuesta destaca la tensión existente, tanto en la política como en la cultura, entre libertad –como acción creativa– y orden –como regulación normativa– señalando que es dentro de esa tensión como deben también comprenderse las respuestas de los actores. Discutiendo entonces con la idea de la política como gobernabilidad, “como cemento de lo social”, propone pensar la cultura a la manera de un espacio conflictivo y de resistencia, como práctica social donde los actores elaboran una concepción del mundo y definen su lugar. De este modo el concepto de “marco cultural” le resulta muy operativo como entrada metodológica para analizar las claves cognitivas –herramientas cultura-

les– puestas a disposición pero, también, seleccionadas estratégicamente como fruto de la interacción social y de la negociación de significados, o sea como lucha política que haga posible generalizar demandas e implicar a otros actores en la acción. Sin embargo, mientras los marcos culturales tendrían un carácter fuertemente performativo, más coyuntural y acotado en el tiempo, el concepto de cultura política de protesta, como noción intermedia entre marco y cultura política, hace referencia a la permanencia y sedimentación de marcos que activan la protesta como práctica política de determinados actores localizados en un campo particular. En relación con esto último destaca también como muy importante la consideración del papel de los líderes, activistas y militantes, para sostener la existencia de ciertos “habitus” militantes que permitirían forjar tradiciones contestatarias o de ejercicio de la protesta como práctica política, en relación con determinado funcionamiento del sistema político.

Para ir articulando de manera más coherente las distintas dimensiones contenidas en los artículos, la lectura del dossier debiera continuar con el trabajo de Solís. Este parte de la misma preocupación por delimitar espacios y prácticas no convencionales de acción social y política, buscando ligarlos a cambios más estructurales y significativos en el orden social y político. Es decir toma un objeto de estudio acotado, la conmemoración del 24 de marzo (aniversario de la última dictadura militar) durante toda la década hasta 2002, pero no para analizar el ejercicio de memoria que se hace de esa fecha simbólica, sino para estudiarla como espacio de instalación de demandas sociales cambiantes, como lugar de recomposición social y de construcción de colectivos políticos. Por eso plantea considerarla como “cartografía”, como mapa cambiante a partir del cual no sólo analizar los distintos actores y cuestiones presentes en el espacio público sino, también, como ventana para observar las distintas modalidades de procesamiento de los conflictos en relación con otras dimensiones, tales como las oportunidades políticas o las estructuras movilizadoras, que aparecen como trasfondo de la periodización presentada para dar cuenta de los usos de esa fecha. Esa periodización pone de manifiesto también otro elemento común en todos los trabajos, el compartir una noción de conflicto que lo concibe como constituido por diferentes momentos o etapas –de latencia o visibilidad– caracterizadas a su vez por formas específicas de acción colectiva: no contenciosa, de resistencia o de protesta. En cada una de ellas se construyen colectivos que se definen en la alteridad o en el antagonismo, según las circunstancias y los actores implicados. Por otra parte, el artículo en todo momento mantiene un diálogo con lo sucedido a nivel nacional para marcar la especificidad del espacio cordobés, especificidad que sólo puede ser comprendida a partir de la inserción de los actores dentro de una determinada experiencia histórica. A partir del análisis de los marcos culturales utilizados en los distintos momentos, postula la conformación de nuevos marcos “maestros”, por ejemplo el de la impunidad, que habrían permitido gene-

ralizar ciertos conflictos y cargarlos con nuevos contenidos acompañando y dando a su vez sustento a la conformación de una alternativa política al menemismo, que levantó como valores la justicia, el trabajo y la educación. En ese sentido el artículo arroja líneas de entrada para reflexionar acerca de otro componente fundamental para activar la acción colectiva, la construcción social de una representación de “injusticia” (Gamson, 1995) que volvió a dotar de centralidad a lo político, aunque fuera bajo otras formas de hacer política –“un uso político de las calles”– hacia el final de la década.

Las preocupaciones presentes en el trabajo de Arriaga se relacionan también con la cultura política pero, esta vez, tomando como objeto de estudio las identidades políticas o más específicamente el proceso de identificación de un actor emblemático dentro de la historia reciente cordobesa –el sindicato de Luz y Fuerza– que protagonizó un conflicto paradigmático en la última década, al frenar la privatización de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (EPEC). El artículo, que parte de considerar a las identidades como resultado de un proceso relacional y contingente y por lo tanto histórico, analiza los distintos momentos identificatorios dentro de un trayecto más general, considerando los desplazamientos que el sindicato hizo desde que se inició el conflicto en el uso del pasado y de la figura de su principal líder –Agustín Tosco– como estrategia de legitimación y de identificación colectiva, es decir para la creación de un “nosotros” que sostuviera la acción. Para sustentar las transformaciones estratégicas en los marcos utilizados la autora reconstruye a su vez las distintas etapas del conflicto, mostrando momentos de visibilidad y otros de latencia, que se asocian con las características más generales del contexto provincial y nacional y que incidieron también en los contenidos de las identificaciones. De este modo, al igual que en el trabajo de Solís, las conmemoraciones son analizadas como un “locus”, como espacio social que, al ritmo de las acciones, fue construyendo significados e interviniendo en la selección de símbolos para “reinventar una tradición” que, en un primer momento, la dirigencia peronista del sindicato insertó dentro de una larga lucha donde el foco de la combatividad fue puesto en la institución no en el liderazgo de Tosco, buscando de alguna manera borrar el protagonismo de esa figura. Cuando, en cambio, la conflictividad social se expandió y creció un cuestionamiento más generalizado al peronismo en el poder, la identificación con ese dirigente emblemático fue central, fundamentalmente para destacar los componentes de autonomía y de defensa de los intereses populares y de clase presentes en su accionar, que adquirirían en ese momento nueva vigencia.

El trabajo de Floresta comparte con el de Arriaga el tomar como objeto de estudio actores que desarrollaron su actividad dentro del sector estatal provincial y que debieron adaptarse/resistir a la introducción de nuevos discursos y proyectos a partir de la reforma del Estado planteada a comienzos de los '90. De allí que también el problema subyacente y más amplio es el de la conflictividad, en

este caso en el sector docente. Este artículo sin embargo se centra en los marcos utilizados por el discurso oficial en una coyuntura muy particular como fue la del ajuste provincial emprendido por Mestre luego de 1995. Este momento adquiere relevancia porque coincidió a su vez con la institucionalización de proyectos flexibilizadores en los sectores dinámicos de la industria en la provincia, lo que habría actuado como un marco legitimador de cambios en la organización del trabajo fundamentados en la emergencia provincial. Justamente lo que el artículo intenta mostrar son las especificidades operadas en el campo educativo como consecuencia del desplazamiento del discurso organizacional empresarial basado en el onhismo a otros ámbitos, lo que habría permitido resignificar ciertas aspiraciones de autonomía y de reflexión crítica presentes en tradiciones educativas anteriores. Además, la etapa adquiere relevancia por estar caracterizada por dos movimientos contrapuestos: por un lado la consolidación del modelo menemista al implementarse la segunda ola de reformas y la institucionalización de avances flexibilizadores en el ámbito laboral; pero también por la activación de la protesta – tanto social como política- la aparición en el espacio público de nuevos actores y repertorios de acción colectiva, así como la consolidación de una alternativa política con la conformación de la “Alianza”, que logró acceder al poder en 1999. De este modo es posible señalar que este trabajo nos acerca a otra dimensión de la cultura política, la que aborda los cambios producidos en los discursos oficiales y, de manera más general, en los de los sectores dominantes que intentaron consolidar visiones hegemónicas como marcos de acción y de relación con los otros actores sociales. El artículo plantea también una primera entrada a la circulación de esos discursos en el ámbito del trabajo y avanza en una clasificación de las respuestas de los docentes frente a la recepción de los mismos. Si bien este aspecto requiere de mayor desarrollo, aparece planteada una dimensión interesante para el análisis, la del comportamiento de resistencia, entendido como el disgusto, el malestar, que no se plasma necesariamente en acciones de protesta pero que abre un potencial muy rico para considerar los distintos modos en que se procesan los conflictos y que, al igual que lo que ocurre con las respuestas de aceptación y adaptación, nos obligan a considerar la incidencia de tradiciones y legados previos en los comportamientos sociales.

En síntesis, los trabajos nos acercan tanto a espacios dentro del sector estatal afectados por los cambios estructurales de los ‘90, a actores sindicales tradicionales que fueron los principales referentes de la conflictividad y de la protesta en la provincia durante la década, como a la posibilidad de analizar otros espacios y actores que se fueron consolidando y convirtiendo en agentes de la protesta a través de usos políticos que se fueron sedimentando como cultura. De este modo los trabajos reunidos en este dossier representan un significativo aporte para avanzar en la construcción histórica de la acción colectiva en una década marcada por profundos cambios, incorporando herramientas teóricas y

metodológicas novedosas para comprender las características de las respuestas sociales en relación con contextos históricos específicos.

Bibliografía citada

- Auyero Javier, 2002, "La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino" <http://www.apuntes-cecyp.org/N6Auyero-htm>,
- Cavarozzi, Marcelo, 1997, *Autoritarismo y democracia, la transición del Estado al mercado en la Argentina. 1955-1996*, Ariel, Buenos Aires.
- Farinetti, Marina, 1999, "Qué queda del movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina", *Trabajo y Sociedad*, N° 4.
- Favaro, Orietta, 2000, "Neuquén: de la isla de bienestar al 'archipiélago del conflicto social'", mimeo.
- Gamson, William, 1995, "Constructing social protest", en Jonstthon H. and Klandermans B, *Social movements and culture*. University of Minnesota Press.
- Giarraca, Norma, 2001, *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Alianza, Buenos Aires.
- Gordillo, Mónica, 2003, "El modelo cordobés y su crisis: la caída de Angeloz en 1995", *Anuario de la Escuela de Historia*. Córdoba, Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades UNC A. III N° 3.
- Neffa, Julio César, 1998, *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996)*, EUDEBA Buenos Aires.
- Novaro, Marcos, 1994, *Pilotos de tormentas*, Letra Buena, Buenos Aires.
- Ranciere Jacques, 2007, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Svampa M. y Pereyra S, 2003, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires.